

DIARIO DE TENERIFE

PERIÓDICO DE INTERESES GENERALES, NOTICIAS Y ANUNCIOS

DIARIO DE TENERIFE

Biblioteca Provincial

GEOGRAPHIC SITUATION

Latitude N.: 28°, 28' 3"

SANTA CRUZ DE TENERIFE

SITUACION GEOGRAFICA (FARO DEL MUELLE)

Laguna QUE

Longitud. 18°, 35', 20" O de París

Cambios hechos hoy

Septiembre, 14
España, 8 div. a 0'00 p.p.
Londres, vista, ptas. 00'00 por 2.

Registro Civil

Septiembre, 13
NACIMIENTOS
No se inscribieron.
DEFUNCIONES
No se inscribieron.

que hay desacuerdo entre el gobierno y el General Martínez Campos. A los telegramas detallando las causas de este desacuerdo, que agentes y corresponsales envían a provincias, no se les ha dado curso.

D. E. D. A
El Lunes 16 del corriente, a las 8 de la mañana, tendrá lugar en la Parroquia de San Francisco de esta Capital, una solemne Misa de Requiem por el eterno descanso de la señorita D.ª CONSUELO DE LA PUERTA Y GUILLÉN

Gobierno Militar

ORDEN DE LA PLAZA
Servicio para mañana
Jefe de día y presidente de la Junta de provisiones, el Teniente Coronel del 9.º Batallón de artillería de Plaza, D. Luciano Menéndez

TELEGRAMAS

(De nuestro servicio particular)
Madrid, 13—5'30 t.
Director DIARIO DE TENERIFE.
Anuncian de Marsella que se ha incendiado en aquel puerto el transporte Comorin, temiéndose que puedan ocurrir desgracias.

Almodóbar.
Madrid, 13—9'35 n.
Director DIARIO DE TENERIFE.
Llegaron a Cuba los batallones de Asturias, Canarias y Vizcaya. El Heraldo de Madrid, censura la organización del ejército de Cuba.

DIARIO DE TENERIFE

Se publica todos los días, excepto los domingos y fiestas de gran solemnidad
PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
(PAGO ADELANTADO)
En esta Capital y pueblos de la Provincia. un mes. 2 pts.

extensión superficial. Las señaladas con los números 36, 38 y 40 tienen sala, antesala, dos cuartos, comedor, cocina y letrina; todo muy espacioso; un patio de 95 metros cuadrados y cercado por muros de 4 y medio metros de alto.

Polvos ZISKA

Para que este público pueda apreciar la bondad de estos excelentes polvos de flor de arroz se ha hecho una gran rebaja en el precio expendiéndose a

Sección Religiosa

Septiembre, 14
Santo de hoy.—La Exaltación de la Santa Cruz.
Santo de mañana.—San Nicomedes.
CULTOS PARA MAÑANA
PARROQUIA MATRIZ
Misas rezadas de 7 a 7 y media; cantada a las 9 y media; a las oraciones el Rosario.

BOLSA

Deuda perpétua 4 p.p. interior, a 67'75.
Id. Id. exterior, a 79'20.
Id. amortizable, a 81'70.
Billetes hipotecarios de Cuba, (1886), a 102'00.
Acciones del Banco de España, 369'00.

CRÓNICA

Procedente de Hamburgo y escalas, entró esta mañana en nuestro puerto, el vapor alemán Kurt Woermann. Descargó y cargó mercancías y salió para Loanda y escalas, despachado por los Sres. Hamilton y C.ª

1 peseta la caja. MELENDEZ

19, CRUZ VERDE, 21.
Cuidado con las imitaciones que se están introduciendo.

Observaciones meteorológicas

HE HAS A LAS 11 DE LA MAÑANA DE HOY
Barómetro. 767 00
Termómetro a la sombra. 26 00
Viento. N.N.E.

Efemérides

1621. Muere en Ravenna el Dante, célebrimo poeta itali no.
1714. Felipe V disolvió el Consejo de Ciento de Barcelona.
1747. Llega a Santa Cruz de Tenerife el comandante general D. Juan Urdano.

CAMBIOS

Londres, vista, a 20'65 por 2
Paris, vista, a 17'25 p.p.

Almodóbar.

San Sebastián, 13—9'10 n.
Director DIARIO DE TENERIFE.
El Sr. Cánovas del Castillo dice que si el clero de Vizcaya secunda los planes de los separatistas, pedirá a las Cortes mi bill de indemnidad para ahogar en germen a los filibusteros.
Almodóbar
Madrid, 13—9'15 n.
Director DIARIO DE TENERIFE.
La prensa insiste en asegurar

A pesar de ser día de trabajo se nota hoy en la población, una paralización casi completa; muchos establecimientos cerrados y poco movimiento en las calles. Medio pueblo se ha trasladado a la Laguna y a Tacoronte con motivo de las fiestas.

También nosotros, para que nuestros operarios puedan disfrutar siquiera de parte de ellas, adelantamos algunas horas la salida del periódico.

Han sido ascendidos a capitanes los tenientes de infantería D. José Rodríguez, D. Rafael Afonso, D. Alejandro Tugores y D. José González Palenzuela.
Reciban nuestra enhorabuena.

los cuidados necesarios, os quisiera pedir un favor.
—Hablad, señor conde
—Hacedme llevar a vuestra casa y no podéis imaginaros cuan agradecido os quedaré.
—Iba a proponeros lo mismo que me pedis, señor conde.

XI
Casi a la misma hora que instalaban a Sansón en casa del doctor, llegó el señor de Trécourt al castillo.
Los criados, a los que había avisado el guardabosque, salieron al encuentro del caruaje, retratándose en sus rostros el espanto que les dominaba, y se interrogaron unos a otros en voz baja, tratando de explicarse los misterios del fúebre drama.

bre, que la hacía dar diente, con diente se vistió poniéndose la bata.
En el momento en que iba a salir de la habitación, se presentó en ésta Flérimont.
Al principio imaginóse la condesa que se trataba de una visita de médico, pero en cuanto se fijó en el rostro trastornado de éste, tuvo miedo. se quedó aterrada sin saber por qué.
—Señora—dijo el médico, que, a pesar de lo acostumbrado que estaba a presenciar el espectáculo de los humanos dolores, temblaba al hablar—tened valor... es preciso que hagáis un llamamiento a vuestra energía...
—¿Que hay, Dios mío? ¿Qué es lo que pasa, doctor? ¿Decidme pronto!
—Que esta mañana y estando en el bosque probando una escopeta...
—¿Dios mío!
—Se hirió el señor Clemente.
—¿Herido mi hijo! ¿Dios santo! Pero esto no será nada... Una ligera herida... que le curaréis en pocos días... ¿Quiero verlo enseguida!
—La herida es muy grave, señora—respondió el doctor Flérimont inclinando la cabeza y bajando la voz.
—¿Grave! ¿Grave! Pero no será mortal; ¿qué es lo que me ocultáis? ¿Hablad, por favor!
—¡Tal vez sea mortal!
—¡Santo Dios! ¿Y dónde está mi hijo? ¿Quiero verlo enseguida!
—No puedo ocultároslo más tiempo, condesa; el señor Clemente...
Lanzó la condesa un grito desgarrador, y asiendo con fuerza al médico del brazo.

—Decidle también que Clemente ha muerto; ¡qué triste misión es la que os confío!
No respondió Flérimont, y se apresuró a obedecer.
La condesa estaba aguardando a que regresase el conde, creyendo que a su regreso la presentaría a sus hijos, a Sansón y Juan Marcos, y habían pasado dos horas sin que se realizase lo que tanto ansiaba.
Llamó a su doncella, y ésta le indicó, después de informarse, lo que podía ser la causa de este retraso inexplicable; que el conde había salido del castillo en compañía del guardabosque.
Preguntó entonces Juana por Sansón y Juan Marcos, y le dijeron que éstos también se habían marchado hacía bastante rato.
Al oír esta contestación sin darse cuenta de ello, experimentó vaga y creciente inquietud.
De cuarto en cuarto de hora mandó a su doncella que se informase de si su marido y sus hijos habían vuelto.
Una de las veces volvió la criada tan pálida y turbada, que la condesa presintió que había sucedido alguna gran desgracia.
Esto sucedió en el momento en que entraba bajo la marquesina de cristales del patio el carruaje en que llevaba al conde al lado del cadáver de Clemente.
No oyó Juana rechinar la arena del paseo central, porque de haberlo oído, habría acerbado a la ventana y querido verlo y oírlo todo.
A eso de las seis de la mañana no se pudo contener más, se levantó sola, sin que nadie la ayudase, y a pesar de su debilidad y de la fie-

Dice un colega de Las Palmas: «Se nos asegura y ponemos el caso en conocimiento de nuestras autoridades para que sin demora alguna se tomen las medidas necesarias...»

Es este un asunto que no puede mirarse con indiferencia, sino que debiera procederse inmediatamente a hacer que desaparezca ese foco de infección origen de serios peligros.

Creemos que la autoridad gubernativa, por tratarse de un asunto sanitario, tiene amplias facultades para preservarnos de un mal, que ya ha debido ponerse remedio.

Ha sido nombrado presidente de sala de la Audiencia de este territorio el Sr. D. José Heredia, fiscal electo de la de Palma de Mallorca.

El Sr. Pérez Galdós ha entregado ya a María Guerrero el primer acto de un nuevo drama, titulado Voluntad, que se propone estrenar en la próxima temporada.

AL TIEMPO

¡Cómo de entre mis manos te resbalas! ¡Oh! ¡Cómo te deslizas, edad mía! ¡Qué mudos pasos traes, muerte fría, que con callado pie todo lo igualas!

FRANCISCO DE QUEVEDO.

EL ENTUSIASMO

(Cuento de hace medio siglo)

Don Patricio era un espíritu superior. ¡Vaya si lo era! Nada lo demostraba más a las claras que el olímpico desdén con que se burlaba de todos los entusiasmos y se reía de cualquier ambición por alta que esta fuese.

Los mayores heroísmos, las más fabulosas riquezas, los más fastuosos honores, resultaban tan mezquinos y ruines vistos desde su altura, que hacía bien en despreciarlos y en burlarse de ellos.

Por supuesto, que eso de la altura era moral, puramente moral; porque ni física, ni socialmente considerándolo D. Patricio asomaba ni siquiera el remate del sombrero—que era de copa y de los más altos—por cima del nivel de los más modestos de sus conciudadanos.

Amojanado y enjuto hasta el punto de podersele buscar cierto parecido con el hidalgo manchego, no simulaba nada los cincuenta y seis mur corridos, que le hacían parecer contemporáneo del eterno levitón de encaramado cuello de picudas solapas y de fruncidos faldones, que con el chaleco rameado, el corbata de tres vueltas, el pantalón de patén abotinado y el ya mentado sombrero de color de canela y de larguísimo pelo, completaba su indumentaria.

Ni un rasgo saliente, ni siquiera una imperfección notable, le hacían destacarse a primera vista de la más corriente vulgaridad, y en cuanto a la fortuna, con tan pocos alientos se había dignado soplarle, que a todo el alto puesto a que le habla encaramado, era al rincón de las oficinas de cierto grande, donde a fuerza de ajustar cuentas de colonia y de repusar expedientes de arriendos y trapasos, cobraba sus cuatro mil reales anuales, amén de algunos mezuquinos gajecillos, todo lo cual le bastaba para hacer una vida que poco hubieran tenido que envidiar los padres del yermo, en el cuartito interior de la calle de Santa María del Arco, en que ve jetaba solo como un hongo.

Pero precisamente esto era lo que le hacía superior. Despreciándolo todo, no creyendo dignas todas aquellas miserias a que los otros daban tal importancia, de emplear ni la más mínima parte de sus fuerzas físicas ni intelectuales, D. Patricio, el verdaderamente estóico D. Patricio, estaba por encima del nivel común, en que no podía haber ni había nada que mereciera molestarlo.

II

Y sin embargo se molestaba. Un raro espíritu filantrópico le llevaba a ayudar a todo el mundo en cualquier empresa, no interesado en el logro del fin que los demás perseguían, sino guiado por cierta bondad paternal que, haciéndole mirar a los demás hombres como chiquillos muy inferiores a él, le movía a echar de cuando en cuando una mano a sus frívolas labores, como el abuelo que aparenta cariñosamente tener por obra importantísima el arreglo de la cometa ó el enderzamiento de la pua del peón de su nietezuelo.

Así era como en la mañana de cierto día de mil ochocientos cuarenta y no sé cuantos, él, que tenía el más inofensivo pesimismo en cuanto a sistemas políticos, corría de un lado a otro dirigiendo los trabajos de fortificación de un puñado de paisanos armados, dispuestos al parecer a derramar su generoso sangre en apoyo de no recuerdo qué constitución, que sostenían los avanzados por tenerla por más liberal que otra que los moderados, a la sazón dueños del poder, mantenían como más conforme al orden y al sostén del trono.

Lo cierto es que dos regimientos se habían pronunciado, que de otros dudaba el gobierno, y que el paisanaje, dispuesto a secundar el movimiento de los levantiscos, sacaba armas y municiones no se sabía de donde, mientras los tímidos y timoratos, presagando largas horas de lucha, se encerraban en sus casas atrancándolas a piedra y lodo.

La barricada de la calle de Hortaleza, haciendo frente a la del Colmillo, que era precisamente de la que había tomado la gefatura D. Patricio, parecía ofrecer una resistencia sólida y bien organizada.

Los docenas de ciudadanos provistos de fusiles de chispa los unos, de trabucos los otros, ofrecían no dejar sus puestos hasta verter la última gota de sangre y satisfechos por dejarse mandar por un hombre que precisamente por no entusiasmarse por nada, no había de perder la sangre fría, se disponían a la defensa del reducto con una abnegación sin límites.

Así, por lo menos, lo demostraba el patriótico brío con que contestaban a las arengas de D. Patricio, que no porque protestara de que no sabía en que consistían las diferencias de aquellos códigos fundamentales, ni le importaba un bledo Espartero, Narvaez, ni siquiera el sistema constitucional en sus formas más ó menos expresivas, dejaba de acudir a los menores detalles, lo mismo en lo de alentar el espíritu de los más rehacios, que en no dejar punto importante sin defensa.

Lo único raro es que, así como mientras no se había oído un solo disparo, las vociferaciones de la gente subían de punto, cuando, aunque lejanas se oyeron diseminadas acá y allá descargas de fusilería, las palabras se fueron haciendo más escasas y apenas se oyó otra frase que alguna que, aunque no clara y explícita, daba a entender que no a todos parecía del todo mal abandonar una empresa que Dios sabe en qué pararía.

Pero cuando esta actitud subió de punto fué cuando llegaron noticias claras y precisas de que los sublevados, contando con aquel apoyo, se dirigían allí a prestarles ayuda, y que las que el gobierno apellidaba tropas leales, corrían presurosas a atacar el único foco terrible que la usonada parecía tener.

III

Por desdicha, los que llegaron primero fueron estas últimas. Cuando la tarde iba haciendo cobrar la esperanza de que el ataque, de haberlo, se retrasaría hasta la mañana siguiente, por una y otra acera de la calle de Hortaleza se oyeron avanzar en silencio los regimientos de línea.

Por la espalda, pero muy lejos, se oían cornetas. Aquel era el socorro esperado, indudablemente.

Fuerza era resistir hasta dar tiempo a que aquel legara. D. Patricio lo comprendió así, y a pesar de que el espíritu de los suyos había decaído no poco su energía les obligó a mantener la promesa de no moverse.

Temeraria era la lucha con fuerzas tan superiores, pero siendo aquello cosa de pocos minutos, con buena voluntad se podía lograr todo.

La primera descarga los encontró a todos en sus puestos, y D. Patricio no fué de los que se quedaron en las últimas líneas.

El, que tanto se reía de todos los entusiasmos, convertido en un verdadero león que defiende sus cachorros, en todas partes se hallaba: el plomo enemigo no le intimidaba para nada, y mientras de sus ojos bro-

laban rayos de heroísmo, sus labios no cesaban de dar vivas a aquel código fundamental, de que confesaba no conocer ni una letra.

¡Lástima que cuando al fin una bala le alcanzó en mitad del pecho haciéndole caer pesadamente sobre las piedras de la barricada, sus ojos, vidriosos ya por la muerte, se percataran de que de todos los defensores de la justa, de la santa, de la buena causa, el único que no había huido era él!

IV

¡Y lo que son las cosas de la vida! Cuando sofocado el movimiento, que por suerte no costó tanta sangre como se había creído, se habló de la muerte de aquel anciano, lo mismo vencidos que vencedores le tuvieron por mártir los unos de su ideal, los otros de su ciego fanatismo.

Es más; todavía algunos de los que le conocían lamentan que el nombre de D. Patricio no haya pasado a la historia, como deben pasar los de todos aquellos que sacrifican la vida por una idea que para ellos encarna la felicidad de su patria.

Por fortuna, éstos ignoran que el héroe de la barricada de la calle de Hortaleza, lanzó su último aliento defendiendo una constitución que ni conocía ni le importaba conocer.

ANGEL R. CHAVES.

(Prohibida la reproducción.)

El secreto del doctor Mendoza

Todo el mundo conocía al doctor Mendoza. Su fama de especialista en enfermedades de la garganta, le había hecho célebre y rico. Era, también, en opinión de las gentes, muy excéntrico. Jamás se le vió en café alguno, ni en paseo, ni apenas en el teatro. Con sus compañeros de profesión mantenía relaciones cordiales, pero poco íntimas. Nunca tuvo más de un ayudante (primerizo siempre, recién salido de las aulas) que le servía antes de discípulo que de auxiliar. A las ocho de las mañana daba comienzo la consulta, que no terminaba hasta la una; por la tarde salía el doctor a la visita; las horas de la noche, hasta las once, en que invariablemente se acostaba, dedicábale a sus pocos amigos, a quienes visitaba por turno riguroso para jugar la imprescindible partida de tresillo.

Siempre iba solo. Su mujer y sus tres hijas hacían vida aparte, pero también muy retrada, con escasas relaciones. Sabíase que vivían muy unidos, en gran paz. Dos de las hijas se casaron, las dos en el mismo día; y desde entonces, pareció como que la desgracia había hecho nido en aquella familia. La madre murió a poco, y Ana, la hija restante, vio cortado su matrimonio por la muerte repentina de su prometido. Quedóse el doctor solo, al cuidado de aquella muchacha que era casi una niña y llevaba ya dos lutos en el alma. Mendoza, dando tregua a su excesivo trabajo, se dedicó a ser padre y a impedir que Ana muriese de tris-

teza. No era inútil el empeño. El carácter de Ana, concentrado y grave, no se prestaba a manifestaciones externas y ruidosas; pero, calladamente, su vida consumíase en el fuego de una melancolía interna, profunda y constante, fiebre del espíritu que mata como la del cuerpo. Entonces supo el doctor una cosa que ignoraba antes en absoluto: que su hija le quería muchísimo; y resultó, al cabo, que fué ella quien cuidó a su padre y le hizo más llevadera la soledad de la casa.

Solo tres amores había tenido Ana en su vida. De ellos dos habían quedado sin objeto: el de su madre y el de su novio. Los guardó en la intimidad de su corazón, y allí les rendía fervoroso culto, casi confundidos en uno; y todo lo externo de ellos que ya no tenía aplicación, lo reflejó en el otro, en el de su padre. Para ella era el doctor, no solo el más bueno de los padres, sino el más honrado, el mejor de los hombres. En la mesa, mientras él comía con excelente apetito, ella, que apenas si probaba de los platos, quedábase mirándolo, extasiada, como el creyente mira la imagen de su Dios. Luego, la tristeza se apoderaba otra vez de aquella niña, que se encerraba en su cuarto buscando en la lectura y en la música un pretexto para divagaciones libres y sueños de la mente.

Todo allí le recordaba a los dos seres perdidos: el retrato de su madre sobre el piano; el de Ricardo sobre la chimenea; algunos libros que ha-



bían sido de él, en un estantillo, al lado del barcón; y en la rincónera que hacía pendant una de esas preciosas cajas de laca china, que encerraba las cartas mediadas durante el largo tiempo del noviazgo. En aquellas cartas estaba el supremo dolor de Ana. Le habían sido devueltas, después de la muerte de Ricardo, por expresa voluntad de éste.

Recordaba bien las palabras de él, que le repitieron: «El día antes de morir, Ricardo que se sentía muy mal, dijo: «Si me muero, encargo hagan por mí estas dos cosas: devolver a Ana todas sus cartas y quemar todas las demás que tengo, incluso las de su madre.» Luego, reflexionó un momento, y añadió: «No, traerme las otras todas: quiero quemarlas yo mis-

Trécourt, nadie la previno, y Teresa fué la única que se enteró enseguida de lo ocurrido; pero ignoró siempre, pues Barigoud no lo reveló a nadie; que se trataba de un desafío y de las deplorables consecuencias de éste.

Colocaron el cadáver de Clemente en su lecho, en su cuarto, y al conde llevaron a sus habitaciones, en las que Flérimont lo preparó todo para hacerle la primera cura.

A las pocas horas se presentó una fiebre intensa que empeoró naturalmente el estado del enfermo, al que había sostenido hasta entonces una energía extraordinaria, que cedió cuando la naturaleza recobró sus derechos.

Comprendió el médico que no había salvación posible y que su cliente era hombre muerto.

Por su parte Trécourt conservaba aún su presencia de espíritu, por más que experimentase una debilidad extraordinaria y no se hacía ninguna ilusión.

—Doctor—dijo con voz apagada—hacedme el favor de pedir a la condesa, si es que se puede tener en pie, que venga.

—Iré, conde, pero no os conviene...

—Decid también a mi intendente Toisoul, que necesito verle... y después nos dejareis solos.

—No conviene que os agitéis, conde, porque cualquier emoción, por poco violenta que sea, puede seros fatal.

—No tengo nada que perder, puesto que la muerte está muy cerca—respondió.—Decid a la condesa que estoy herido; inventad una historia cualquiera.

—Así lo haré.

—¡Ha muerto! ¡Ha muerto!—dijo con ademanes y voz de loca.

—Por desgracia es demasiado cierto, señora, murió en el acto a consecuencia de la herida—contestó el médico.

Arrojóse Juana, anonadada por aquella nueva desgracia que la hería, oprimiéndose la cabeza entre las manos y mesándose el cabello como si tuviese miedo de volverse loca.

—Sin darse cuenta de lo que decía, murmuró con extravío palabras cuyo significado no pudo comprender el médico.

—¿Cuáles son los designios de Dios... que me devuelva dos hijos a los que creía muertos... y me quita el que vivía a mi lado?

Púsose en pie después de haber rezado una corta y ferviente oración.

—Quiero verle enseguida doctor—dijo—¿no me oís? ¡Quiero verle!

—Es, señora, que por desgracia aún no he concluido... he de deciros más...

Dirigióle Juana una mirada tal de terror, que Flérimont se asustó.

—No va a tener fuerzas para soportar este nuevo golpe—se dijo—y sin embargo; ¿qué hacer? ¡No me queda más recurso que confesar toda la verdad!

Levantó la voz, y cogiéndola casi en brazos para impedir que cayese desvanecida, le dijo:

—El señor conde se hallaba al lado de su hijo en el momento en que éste probaba la escopeta nueva... ésta reventó... el señor Clemente fué la primera víctima, pero uno de los pedazos del cañón hirió al señor Trécourt, causándole un

Al observar el estado del herido, no se atrevió Flérimont a formular una opinión decisiva.

—¿Sufrís mucho?—preguntó el conde.

—De una manera atroz—pero no quiero que me ocultéis nada, doctor... decidme la verdad... no temo la muerte.

Y bajando la voz añadió con acento indefinible, que revelaba cuál era el estado de su alma:

—¡Al contrario, la deseo ardientemente! ¡La deseo con toda mi alma!

—No he perdido aún las esperanzas de poderos salvar—dijo el médico—y voy a preparar todo para llevaros al castillo. Allí podré examinar con más atención la herida y cerciorarme del trayecto que recorrió la bala; ¿no sentís algo como opresión ó ahogo?

—No.

—Notenéis nada de fiebre—¡cosa más extraña!—murmuró el médico; esta última exclamación en voz tan baja, que el conde no la oyó.

Llevaron el cadáver de Clemente al coche que había mandado engauchar Barigoud.

Al lado de su hijo colocaron al conde y al paso, y procurando evitar todos los vaivenes producidos por los surcos del camino, dirigiéronse hacia el castillo.

Antes de que le llevasen al coche, dijo el señor de Trécourt al doctor Flérimont:

—Por razones que comprendéis fácilmente no es posible que Sansón vuelva al castillo...

—Sí, lo comprendo.

—Pero como no moriría tranquilo si no supiese que en dónde se halla le han de prestar todos

mo.» Y las quemó. Solo las de Ana se salvaron.»

Sin saber porqué, había en estas palabras una cosa que hería vivamente a la joven. ¿Porqué quiso Ricardo quemar las cartas de su madre? ¿No era lo más lógico que se las hubiera devuelto a ella, como reliquia que nadie mejor que una hija podía guardar? ¿Qué podían contener aquellas cartas, en que, sin duda, la mujer del doctor Mendoza, con esa amorosa previsión de las madres, procuraba sondear y dirigir el corazón del que había de ser marido de su hija? Ana recordaba bien el cariño que siempre se habían manifestado su madre y Ricardo. Sabía, porque lo estuvo viendo durante años, que se escribían mucho; y aún algunas de las quejas que a veces él, en esos rozamientos fútiles de los enamorados, tenía contra Ana, llegaban a ella por el intermedio conciliador de la madre. ¿Cuánto no hubiera estimado Ana aquellas cartas, prueba de la unión de dos de sus grandes cariños! También le faltaban las de Ricardo a su madre, porque ésta rompía siempre toda su correspondencia después de leerla. Y la pobre niña, sin atreverse a concluir pensamiento alguno, demasiado pura para concebir sospechas injuriosas, sentía de tal modo aquella desazón en su alma, que aún no se había atrevido a desatar los paquetes de cartas desde el día en que los recibió.

Así pasó el tiempo y se cumplió el aniversario. El doctor fué con su hija a la iglesia, y oyeron dos misas: una por la madre y la otra por Ricardo. Después volvieron a casa y el doctor salió llamado para una operación urgentísima. Ana quedó sola, más sola que nunca, porque los recuerdos eran en aquel día más vivos y lacerantes. Se encerró en su cuarto y comenzó a sacar todos los objetos que le quedaban de los dos muertos: joyas, cintas, flores secas, libros... Todo lo repasó minuciosamente, gozándose en el cruel atizamiento del dolor. Poco a poco fué la pena haciéndose más dulce y más profunda, envolviendo todo su ser como un fluido en que se bañara por fuera y por dentro. Sintió en que le hiciera daño, con una extraña voluptuosidad; y de golpe, alcanzó esa melancolía serena que los grandes sufrimientos dejan cuando el tiempo los ha lavado de toda exaltación. Espontáneamente lo dejó todo y corrió a la caja de las cartas.



Se sentía capaz de leerlas, de remover aquellas prendas de cariño, como si fueran de otro, como si las leyese en una novela. ¿No era ella, al fin, una muerta, un personaje fingido aun por la vida física, pero muerto ya en la vida del espíritu, por lo que tocaba a aquellos afectos?

Abrió la caja. Había dentro cuatro gruesos paquetes, la historia de cuatro años de amor. Desató el primero y leyó todo su contenido llorando silenciosamente, sin espasmos, sin congojas, como lloran los nerviosos cuando oyen música, y los viejos cuando hablan de sus hijos. Al abrir el segundo paquete, tuvo una llamada de alegría. Allí entre las cartas suyas, había una de su madre, una que había escapado a la destrucción. La cogió sin zozobra, sin acordarse de sus dudas de otras veces, sintiendo solo el gozo inmenso de ver que la letra querida. Y la leyó...

Cuando el doctor Mendoza volvió a su casa con excelente humor por que la operación había salido perfectamente, y con gran apetito además, porque eran las dos de la tarde, extrajo mucho que su hija no saliera a recibirlo, como tenía por costumbre. Preguntó por ella: «La señorita está en su cuarto» contestó una de las criadas. Y el doctor se encaminó allí, temiendo que Ana misma viese enferma, víctima de una de esas crisis nerviosas a que las circunstancias del día se prestaban tan-

to. Era tal su impaciencia que en vez de llegar hasta la puerta del gabinete, entró por la de la alcoba, que daba al comedor y estaba abierta. No oyó Ana los pasos de su padre, sino cuando ya estuvo al lado de ella; y entonces, al levantar los ojos y verlo, se pintó un terror tan extraordinario en su cara, que el doctor retrocedió un paso. Fué aquello súbito, como un relámpago que Ana reprimió inmediatamente. Estaba sentada en el suelo; con los brazos caídos, la mirada llorosa; la carta, aquella carta de su madre que tanta alegría le produjera al principio, yacía sobre la falda negra, marcada allí un punto luminoso. El doctor se rehizo al momento y se reclinó cariñosamente hacia Ana.

—¿Qué tienes? ¿Te has asustado? Ana no contestó: limitóse a mover lentamente la cabeza, como quien niega.

—¿Qué tienes?—repitió el padre. Y notando el desorden de la habitación, sobre cuyos muebles estaban esparcidas las joyas, los libros, las flores y las cartas, encontró al punto una explicación.

—¡Pobre, hija mía!—murmuró probando a levantarla.



—¡Pero, por qué haces eso? ¿Por qué ahondas la herida? Anda, ven conmigo, serénale.

Pero ella se resistía dulcemente, como quien duda, y sin atreverse a mirarlo.

—¡Ana, Ana, por Dios! Vas a matarte. Esto es una locura—dijo el doctor, en quien la impaciencia del médico se sobrepuso a la dulzura del padre.

Tampoco contestó ella. Lentamente recogió la carta y la dobló, guardándola en el bolsillo, luego se levantó y quedó en pie, frente a su padre, pálida y temblona. El doctor, que empezaba a desconcertarse, la atrajo a sí, y sentándose en el sofá, la puso sobre sus rodillas.

—¿Qué tonta es mi niña, verdad?—dijo queriendo echar a broma el caso. ¿No quiere ya a su padre? Y comenzó a besarla en la frente.

Ana se estremeció. ¿No querer a su padre! ¿Y cómo decirle que sí, que era verdad, que ya no le quería, que sentía hacia él repugnancia, desvío, una cierta cosa que no sabía ella misma explicarse? ¿Cómo decirle que en aquella carta había leído la confesión de un alma dolorida, que acusaba a su marido de la infidelidad más injuriosa, del olvido absoluta de su deber de esposo y del respeto al cariño y la dignidad de su mujer? Veta Ana derrumbado de golpe toda el castillo de sus ilusiones y confianzas: veta la mentira de una paz y de un acuerdo que creyó verdaderos y fuertes entre sus padres; veta el sacrificio inmenso de su madre, evitando el escándalo para que sus hijas no conocieran la falta; recordaba el párrafo final de aquella carta que decía a Ricardo: «Y sobre todo, qué mala. No quiero que jamás llegue a noticia de mis hijos que yo he sufrido por causa de su padre. De ti espero que no dirás nada; y recordaba, sobre todo, la recomendación última de su madre, que en ese momento de lucidez que suele proceder de la muerte, le dijo señalando con la mirada al doctor: «Quiérete mucho, hija mía.» Y ella lo había querido, poniendo en él todos sus efectos, convirtiéndolo en un ideal de bondad, de rectitud, de subiduría, de todo lo grande que puede haber en el hombre. Y ahora lo quería también, pero sentía algo frío, algo muerto en ese cariño; sentía—¿al fin lo comprendió?—que amaba aún a su padre con la ceguera que el amor personal tiene, pero que ya no lo estimaba. Y al comprender esta terrible verdad que había de ahondar de día en día en día la distancia entre ambos se sintió desfallecer; y ocultando lo ojos con una mano—la otra

tenfala cogida el doctor—lloró amargamente.

No comprendía Mendoza aquella persistencia del silencio y de las lágrimas. Ni por el momento pensó en el motivo real, estando seguro de que nadie podía haber enterado a su hija del pasado drama. Creyó en un ata que nervioso, motivado por la vista de los objetos recordatorios. Y volviendo a sus funciones de médico, cogió a su hija en brazos, la acostó en la cama y corrió a su gabinete en busca de un medicamento.

Ana siguió llorando y meditando. ¿Qué debería hacer? ¿Enseñarle a su padre la carta y decirle: «Mira, todo lo sé; ya no puedo vivir contigo», o callarse el secreto, devorando la verdad y sufriendo con el recuerdo constante de la falta cada vez que viera al culpable? ¿El culpable? ¿Y era aquél, su padre mismo, quien había cometido la falta, quien había traído una perturbación a la familia, rompiendo la fidelidad y la paz conyugal? ¿Y era preciso, en justicia, condenar a ese hombre y degradarlo en el cariño filial en nombre de ese mismo cariño, ofrendido en la persona de la madre?

De pronto se determinó el pensamiento, y con él la voluntad de Ana. ¿No era bastante que ella supiese lo ocurrido? Toda demostración tendría cierto carácter de venganza, cuyo fin sería hacer desgraciado a aquel hombre, a quien su madre la había mandado querer. ¿Para qué una desgracia más? El secreto, sólo por una casualidad le había sido revelado; pero la intención de la víctima fué que no lo supiese nadie. Pues bien, nadie lo sabría. El castigo estaba ya dado, y sobraba: la hija despreciaba al padre.

Y cuando el doctor entró en la alcoba con una poción de bromuro, Ana se levantó, serena y grave.

—No—dijo rechazando el vaso. Ya estoy bien. Vamos a almorzar.

Y se apoyó en el brazo de aquel



hombre que ya no era su sosten en la vida, y a cuyo lado había de encontrarse cada vez más sola, más triste, más desgraciada.

RAFAEL ALTAMIRA. (Prohibida la reproducción).

Chascarrillos

Siendo Gedeón portero, entró a servir en el piso principal Rosa García.

Al día siguiente presentóse el cartero del interior.

—¿Vive aquí—lo preguntó—una tal Rosa García? —Sí, señor, en el principal; pero habiendo entrado ayer, ¿cómo sabe usted ya su nombre?

—En la prevención. —¿Dónde vive usted? —En la Castellana. —¿Al aire libre? —No, señor; en un hotel —Vamos, hombre... —En un hotel... en construcción.

Un gobernador visitó la secretaría de cierto Ayuntamiento.

Al Alcalde le fué presentando el personal.

—Aquí tiene usted al señor Galera. —Muy señor mío. —Este es el señor Mayoral. —Beso a usted la mano. —Y este el señor Mula.

El gobernador no pudo ya contenerse y exclamó: —Pero, señor, esto no es una secretaría, esto es una diligencia.

—¿Qué tal carácter tiene tu marido? —pregunta a una casada una amiga indiscreta.

—Muy igual. ¡Siempre insopórtable!

En el estreno de un drama: —¿Has notado con qué frialdad acoje el público la obra? —Sí; pero no hay aquí *claque*? —No; no hay más que amigos del autor.

ANUNCIOS PREFERENTES

Los talleres de la Imprenta Isleña de los Hijos de Francisco C. Hernández, se han trasladado a la calle de Teobaldo Power, núm. 6,—frente a la Sociedad «Santa Cecilia», y el escritorio a la del Castillo, núm. 56, frente también a los salones que ocupaba últimamente.

AZÚCAR DE LA ACREDITADA FÁBRICA «The Icod Daute C.» se vende una gran partida de todas clases.

Para informes, dirijirse a los almacenes de Juan Croft, Marina 11.

CASA DE DOS PISOS EN SALAMANCA. Se alquila con el jardín anexo.—Informes, Carrera, 44, Laguna.

CARBÓN DE BREZO, AHOGADO, Superior, de venta en la Plaza de la Iglesia núm. 4, accesoria; al precio de 5 pesetas 25 céntimos el saco, puesto en la casa del comprador.

EL VICHY CATALAN SE VENDE EN las farmacias de los Sres. Suárez Guerra y Rodríguez Nuñez, y Cerveteras de Gaspar y de Perera.—Precio: una peseta la botella; 18 pesetas caja de 25.

ESPACIOSO SOLAR LIMITANDO con la carretera de la Laguna y Rambla del 11 de Febrero, se vende.—Informa, D. José Montes de Oca, calle de San Sebastián.

HISTORIA GENERAL DE LAS ISLAS Canarias, por Viera y Clavijo. Cuatro tomos en 4.º prolongado, 90 reales de vellón.

De venta en la casa editorial. Imprenta Isleña, Castillo, 56, Santa Cruz de Tenerife.

SE VENDEN GARDENIAS, DE DISTintos tamaños.—Luna, 1.

SE VENDEN CASCOS, PIPAS, MEDIAS de pipas, terceroles y cuarteroles de virgínia y castaño, arqueadas de hierro y de madera.

Darán razón en el Hotel San Telmo, Puerto de la Cruz.

SE ALQUILA LO ALTO DE LA CASA calle de Consolación núm. 1, en esta Capital.—Informes, San Clemente, 5, 3.º.

SE VENDE UNA CASA TERRERA. con habitaciones altas, en la calle de San Lorenzo, núm. 10.—En la misma casa informarán.

SE VENDEN DOS CASAS CALLE DE la Hoya y una finca denominada «La Marzága», en la jurisdicción de la Orotava. Dirijirse a D. Nicolás Dehesa, en esta Capital.

ANCHOAS

de cla-e superior, se venden, Tigre, núm. 1.

RON BACARDI

El legítimo lo hay de venta en los almacenes de Hijos de Juan Yanes: Sol, 6.

ABONOS PARA TOMATES

ABONOS PARA PATATAS

Una partida confeccionada expresamente para el cultivo de dichos frutos en los terrenos de Tenerife.

De venta en los almacenes de HY WOLFSON, Santa Cruz de Tenerife.

ESPIRITU SUPERIOR fabricado expresamente para la confección de vinos Se acaba de recibir en los almacenes de AURELIANO YANES.

SE REALIZA

por la mitad de su valor una buena finca de seis a siete fanegadas de tierra cultivable, con huertas, estanque y casa para medianeros, sita en la Costa de esta ciudad, donde dicen «Hoya Fria».—Informarán, Pilar, 31.

Representantes

Se necesitan en todas las poblaciones para vender a plazos valores mobiliarios amortizables con premios; ganarán buena comisión. Dirijirse a «El Crédito General Español».—Barcelona.

GANGA

En los bien acreditados almacenes de maderas, sitos calle de la Marina, se venden a precios muy baratos, pequeños y grandes depósitos de hierro propios para depositar agua en las azoteas, etc., etc., etc.

OBSEQUIO

Todos los suscriptores a este DIARIO que acrediten hallarse al corriente en el pago de sus mensualidades, pueden adquirir en la Imprenta Isleña, Castillo, 56,

SOLO POR 16 PESETAS un ejemplar (cuatro tomos en rústica) de la

Historia General de las Islas Canarias POR VIERA Y CLAVIJO

a los suscriptores Pesetas 30 y encuadernada en tela Pesetas 35

Peinadora

Acaba de llegar de la Península y ofrece sus servicios a domicilio. Cruz Verde, 11.

ACADEMIA DE COMERCIO

(ESTABLECIDA EN 1868) Bajo la dirección de Don Celestino Lozano Callao de Lima, 2, 2.º



LUZ DIAMANTE,

LONGMAN & MARTINEZ, NEW YORK.

Libro de Explosión, Humo y Mal Olor. De Venta Por Las Ferreterías y Almacenes de Viveros.

En esta capital, Sres. Hijos de J. Yanes, Sol, 6.

Vapores con registro abierto

Forwood Brothers & Co's
PARA MADERA Y LONDRES
El hermoso vapor frutero
WAZZAN
Saldrá de este puerto del 15 al 16 de Septiembre.
Admite carga y pasajeros.
Agentes, WY WOLFSON.

VAPORES TRASATLANTICOS
DE F. PRATS Y C.^a
(Sociedad en comandita)
PARA PUERTO RICO Y LA HABANA
Llegará a este puerto el 15 de Septiembre el rápido y magnifico vapor
Juan Forgas
Admite carga y pasajeros.
Agentes, HIJOS DE JUAN YANES

LA VELOCE
NAVIGAZIONE ITALIANA A VAPORE
PARA GÉNOVA DIRECTO
Saldrá de este puerto del 19 al 21 del corriente el hermoso vapor
MONTEVIDEO
Admite carga y pasajeros
Para la Guaira, Puerto Cabello, Puerto Colombia, Cartagena y Colón
Saldrá el 7 de Octubre el vapor
Citta di Génova
Admite carga y pasajeros.
Informará su agente, PEDRO RAVINA.—Norte, 45.
Nota.—No se admitiran notas de embarque ni se expediran pasajes después del día 5.

Compagnie de Navigation Marocaine
N. PAQUET & C.^a MARSELLA
El vapor francés
MEUSE
deberá llegar a este puerto el 21 de Septiembre y regresará a Marsella, Mogador, Casablanca, Mazagan y Gibraltar haciendo escala en Tanger.
Admite carga y pasajeros para todos los puntos de escala.
Agentes, Hijos de J. Yanes. Sol, 6.

Compagnie Générale Transatlantique
PARA VENEZUELA, COLOMBIA Y COSTA RICA
Saldrá el 17 de Septiembre el magnifico vapor de gran marcha
Ville de Brest
Admite carga y pasajeros.
Agentes, HARDISSON FRERES.

Aberdeen White Star Line
LINEA DE VAPORES INGLESSES
PARA LONDRES
Saldrá el 14 de Septiembre el vapor inglés
THERMOPYLÆ
Admite carga y pasajeros
Tiene buco para 400 toneladas de carga.
Agentes, HAMILTON Y COMPAÑIA.

CHARGEURS REUNIS
VAPORES CORREOS FRANCESES DE GRAN MARCHA

PARA MONTEVIDEO Y BUENOS AIRES
Saldrá el 19 del corriente el vapor

Uruguay
Admite carga y pasajeros.
PARA BORDEAUX, DUNKERQUE Y HAVRE
Saldrá el 24 del corriente el vapor

Ville de Maceio
Admite carga y pasajeros
PARA LA COSTA DE AFRICA
El grandioso y rapido vapor

Ville de Pernambuco
saldrá de este puerto el 16 de Septiembre.
Admite carga y pasajeros.
PARA DUNKERQUE Y HAVRE
Saldrá el 15 de Septiembre el magnifico vapor de gran marcha
PAMPA
Admite carga y pasajeros.
Agentes, Hardisson Hermanos.

ANUNCIOS GENERALES

El anuncio es como el alma del comercio y de la industria, el intermediario entre el comerciante que vende y el particular que compra.

Los grandes centros fabriles y comerciales que son hoy la admiracion del mundo lo deben todo a la publicidad de sus productos.

CINCUENTA AÑOS DE USO GENERAL LA SALUD A DOMICILIO--LA MARGARITA EN LOECHES CON GRANDES RESULTADOS SIEMPRE

Antibiliosa, antiescrofulosa, antiereética, antisifilitica, antiparasitaria y MUY RECONSTITUYENTE.—Con esta agua, de uso general hace CINCUENTA AÑOS se tiene LA SALUD A DOMICILIO.—Premiada siempre la primera con grandes diplomas y medallas de oro y distinciones.
Depósito central: Jardines, 15, bajo, derecha, Madrid.—Prevenirse contra anuncios de aguas LLAMADAS naturales y que pretenden ser iguales y aun mejores, y dicen que NO IRRITAN, y es porque carecen de fuerza. La de LA MARGARITA se adapta a TODOS los estómagos, NO IRRITA, y mezclándola con agua resulta aún MUY SUPERIOR. Aunque como purgante no tiene igual el agua de LA MARGARITA, sus condiciones terapéuticas tan provechosas, pues cura con facilidad y prontitud gran número de afecciones, del estómago, bilis, herpes, reumatismos, llagas, anemias y demás, que expresa la etiqueta de las botellas, y SU GRAN CAUDAL DE AGUAS de que carecen las demás aguas, le permite tener un GRAN ESTABLECIMIENTO DE BAÑOS abierto desde el 15 de Junio al 15 de Septiembre.

EMULSION DE SCOTT
de Aceite de Hígado de bacalao, con Hipofosfitos de Cal y de Sosa
No es un remedio nuevo que está aún por probarse. Lo conocen favorablemente y lo recetan los principales médicos en casi todos los países del mundo desde hace más de veinte años. Esto se debe a que la Emulsión de Scott es valiosísima en todos los casos de extenuación ó pérdida de carnes. La Tisis, que se consideraba incurable antes de conocerse la Emulsión de Scott, cede ahora rápidamente en sus primeros grados a la potente influencia de este medicamento. Es un maravilloso nutritivo. Con su uso los niños se desarrollan y engruesan cuando la alimentación ordinaria no les nutre en absoluto.
Exijase la legítima que lleva adherida a la cubierta la est. queta del hombre con el bacalao á cuestas. Rehúsenle las imitaciones. De venta en las Boticas.
Scott y Bowne, Químicos, Nueva York.
En esta Capital: Droguería de Filipes Cruz Verde, 16

DUREZAS | CALLOS | DUREZAS | CALLOS | DUREZAS
DUREZAS | CALLOS | DUREZAS | CALLOS | DUREZAS
CALLOS • CALLOS • CALLOS
SE CURAN A LOS 4, 5 O 6 DIAS
según la naturaleza del que usa el
CALLICIDA ESCRIVÁ
ES INOFENSIVO, NO ES CORROSIVO,
ES INCOLORO
APLICACION SENCILLISIMA
Frasco 6 reales
Deposito central: J. Escrivá Fernando VII
núm. 7.—Barcelona.
Véndese en las farmacias de esta Capital.
CALLOS • CALLOS • CALLOS
DUREZAS | CALLOS | DUREZAS | CALLOS | DUREZAS
DUREZAS | CALLOS | DUREZAS | CALLOS | DUREZAS

SOBRES DE OFICIO.
De venta en la Imprenta Isleña, Castillo, 51

PARA ENFERMEDADES URINARIAS
SÁNDALO PIZÁ
MIL PESETAS
al que presente Cápsulas de Sándalo mejores que las del Dr. Piza de Barcelona, y que curen más pronto y radicalmente todas las ENFERMEDADES URINARIAS. Diez y seis años de éxito; premiadas con medalla de oro en la Exposición de Barcelona de 1888. Unicas aprobadas y recomendadas por las Reales Academias de Barcelona y de Mallorca; varias corporaciones científicas y renombrados prácticos diariamente las prescriben, reconociendo ventajas sobre todos sus similares.—Frasco 14 reales.—Farmacia del Dr. Piza, plaza del Pino, 6, Barcelona, y principales de España y América. Se remiten por correo anticipando su valor.
Venta al por menor: en todas las farmacias.
Representante del autor para las islas Canarias, J. M. Ballester, Castillo, 61, Santa Cruz de Tenerife, á quien se dirigirán los pedidos.

CATARROS, TOS PERTINAZ, BRONQUITIS
PLEURESIA
Tisis pulmonar, Tuberculosis
En el tratamiento de estas enfermedades, los Sres Médicos de los Hospitales de Paris han obtenido los mas brillantes resultados empleando las
CÁPSULAS SERAFON
DE GUAYACOL Y IODOFORMO
Y LAS
Cápsulas Serafon de Guayacol, Iodoformo y Eucalipto.
Soluciones de los mismos medicamentos para inyecciones sub-cutáneas
En esta Capital, Farmacia de Rodríguez Nuñez, Castillo, 32 y 34.

PAPEL LARDY
con Extracto de Pimienta
El PAPEL LARDY es un Poderoso revulsivo muy superior á la Thapsia, al Aceite de Croton Cativum, etc., cuyos efectos nocivos no tiene.
El PAPEL LARDY es un Intermediario entre el sinapismo, cuya accion es rápida pero fugaz y el vegetatorio, cuya energia no es conveniente en todos los casos.
El PAPEL LARDY ejerce una accion inmediata y continua, no causa dolores ni picazon, produce únicamente el calor, un ascozor ligero y un vivo encarnado en la epidermis.
El PAPEL LARDY es Remedio heróico para los Romadicos agudos ó crónicos, las Irritaciones de la garganta y del Pecho como tambien para los Dolores nevralgicos y reumáticos, la Ciática el Lumbago, etc.
En cada caja se halla un Prospecto y el Método con que debe usarse este Papel.
Deposito en Santa-Cruz de Tenerife:
En Santa Cruz de Tenerife, Farmacia de Rodríguez Nuñez, Castillo, 32, y 34.

LA SALUD DE LA MUJER
CONSERVADA POR
Las píldoras Tocológicas
DEL DR. N. BOLET
CUARENTA AÑOS de éxito constante aseguran la excelencia de este maravilloso específico.
El uso de las
PÍLDORAS TOCOLÓGICAS
ha hecho un cambio radical en el tratamiento de las enfermedades peculiares á la Mujer, así casada como soltera.
Representantes de grandes Naciones en Europa y América, certifican su excelencia.
Boticarios y Droguistas aseguran la venta de
MILLONES DE CAJITAS
Curan los achaques peculiares al

bello sexo, y por esto conservan y aumentan la lozanía y belleza de la Mujer.
Bajo juramento asegura el autor que no contienen ninguna droga nociva á la salud.
Solicítense el folleto, «La salud de la Mujer.»
CÓDIGO CIVIL
Ejemplar, 2 pesetas.—Librería de F. Hernandez y C.^a, Castillo, 56.
Purpurina de oro
Se vende en la Imprenta Isleña y 150 pesetas el paquete de onza á media.
IMPRENTA ISLEÑA DE HIJOS DE F. C. HERNÁNDEZ
REGENTE: MANUEL F. GARCÍA
Santa Cruz de Tenerife, Castillo, núm. 56.